

**Tomás Straka: *Las alas de Ícaro. Indagación sobre ética y ciudadanía en Venezuela (1800-1830)*,  
Caracas, Konrad Adenauer Stiftung/  
Universidad Católica Andrés Bello, 2005, 269 p.**

Con su más reciente obra, el profesor Tomás Straka plantea una nueva visión del proceso político de la emancipación de Venezuela, esta vez adentrándose por los caminos del substrato ético de un fenómeno que siempre ha sido presentado como fundamentalmente militar, utilizando fuentes hasta ahora no del todo explotadas de manera exhaustiva y de la más variada gama, como lo es la inusitada riqueza de información escondida en la prensa coetánea. La utilización de un variado aparato erudito le posibilita plantear explicaciones e interpretaciones que en ocasiones, y dada su complejidad e implicaciones empalmadas con el campo de la filosofía y más precisamente de la ética, hacen apurar el paso para no rezagarnos en la lectura.

La inevitable referencia al Libertador en una tónica de contrapunteo intelectual trata de ubicar al lector en una perspectiva muy diferente a los ditirambos habituales, con el prolífico empleo de argumentos propios del terreno de la ética: felicidad, virtud, moral, amor, libertad, buscándoles siempre el asidero republicano en los actos, las palabras y las intenciones de los actores de la época y marcando un deslinde de las sempiternas transitividades que aún, hasta el sol de hoy, nos persiguen.

El autor une en rara simbiosis la densidad erudita con la agilidad de un discurso que no deja de apoyarse en recursos casi coloquiales del habla actual del venezolano, con lo que hace más digeribles conceptos y conexiones que, puestas en un abstruso lenguaje académico, podrían –por exceso de intelectualidad– pasar desapercibidas. Además, el estilo discursivo trata en todo momento de no dejarse abrumar por la compleja gama de implicaciones que el tema tiene. En sus páginas también percibimos la preocupación de Straka por dar a conocer actores de los cuales

solamente se conoce su más conspicua participación como lo puede haber sido la figuración en los días de abril (1810) o en el año 11. Por allí vemos desfilar a Juan Germán Roscio y sus posturas rayanas en el terreno teológico; a Miguel José Sanz; a clérigos poco historiados como monseñor Mariano de Talavera y Garcés o a ese otro clérigo devenido en militar y teórico como José Félix Blanco; a Tomás Lander y Francisco Javier Yánes. Todos ellos apuntalan la nota tonal de fondo de la obra, reafirmandonos la decisiva participación de civiles en el proceso emancipador y la otra idea rectora: la independencia estuvo animada de un profundo deseo de labrar un asidero cívico en el cual sustentarnos, una vez que el modelo del antiguo régimen se había agotado.

A la manera de un discurso, a veces ensayístico en su despliegue formal, pero con la densidad propia de una monografía, discurre a través de cinco capítulos por el panorama de la historia de las ideas en la gesta independentista. Cinco facetas –cada uno en sí mismo como universos con vida propia–, que de ser tratadas con mayor detenimiento muy bien podrían generar por sí solas, o en pequeñas combinaciones, una obra nueva. Tal es la riqueza erudita y la gama de temáticas que en ellas se capta.

La Independencia obedeció a una profunda necesidad de formular un esquema alternativo de vida en sociedad. Un proyecto ético-político que alcanzó destacadas tomas de posición y elaboración de discursos ideológicos, escondidos en una enorme diversidad de fuentes y autores. El autor plantea su convicción de que Venezuela aún navega por aguas inciertas en cuanto a su formulación de un proyecto de país y un patrón de ciudadanía. El bagaje heredado de la Colonia fue la piedra angular al ofrecer a los nuevos tiempos un modelo inédito –el criollo– para echar las bases de un nuevo esquema de sociedad civil.

En el primer capítulo se presenta el tono de fondo inicial de los patriarcas del primer decenio: unos “españoles” que de pronto, y por la fuerza de los hechos, se percatan de no serlo. Excluidos por las discriminaciones de la Junta en la península, se hallan en un extraño limbo que los impele a huir hacia adelante fundando una patria partiendo casi desde cero. En la segunda unidad conocemos cómo los avatares de la guerra dan pie a la aparición de una categoría de aparentemente dudosa civilidad como lo es la virtud armada, el único paradigma en el que se sustentan los repúblicos de la época. A falta de parámetros más satisfactorios, la aureola de heroicidad obtenida en los campos de batalla se ofrece como la referencia esencial de virtuosidad. Este soporte deviene en suplemento y sustituto del modelo del padre de familia procedente de las bases sinodales de 1687. El tercer capítulo

despliega las postreras potencialidades de los denominados “viejos usos” de la sociedad civil en su herencia colonial. El espíritu corporativo de los habitantes de las ciudades que, a través de la figura de los cabildos, luchó por mantener una vigencia que vio brillar mejores tiempos. En el cuarto capítulo encontramos la parte más abstracta de la temática atemperada a través del tratamiento historiográfico obtenido por los aportes de los prohombres del proceso, como Sanz. Allí encontraremos con ropaje histórico las nociones de libertad, independencia, felicidad. Conoceremos allí con más detalle los aportes de Francisco Javier Yánes, en especial aquellos diferentes a sus contribuciones historiográficas de nuestro pasado: el Yánes ideólogo en su papel de creador de un “abecedario republicano”, sin dejar de lado las connotaciones teológicas de las ideas de libertad y felicidad.

En la quinta unidad capitular el autor saca a relucir otra categoría básica de su trabajo, la idea de patria y la formulación que de ella se elabora a través de los discursos, y sus diversas combinaciones conceptuales. A propósito de este término, Straka despliega una faceta muy reveladora acerca de la nunca agotada teología bolivariana en sus momentos primigenios, y es el casamiento de la idea de patria con la imagen del Libertador que plantea en sus escritos un hombre de la iglesia: Monseñor Mariano de Talavera, clérigo que debe equilibrar su vida sobre el inestable hilo de los cambios políticos de las segunda y tercera décadas de nuestro vivir republicano. En su pensamiento, las disquisiciones toman un cariz hasta ahora no manifestado en el libro: la unificación de la catolicidad y el republicanismo como pares básicos para construir la virtud ciudadana.

Finalmente, en el epílogo de la obra el autor retoma dos conceptos que terminarán formando un binomio que cerrará el círculo: Iglesia y Estado, las dos referencias que en sinergia serán esgrimidas por los moldeadores de la república. También enfoca la relación Iglesia-Estado desde la óptica de catolicidad que ponen en práctica los organizadores primigenios de la incipiente nación, tal como lo manifiestan los escritos de Simón Rodríguez y Tomás Lander, que no dejan de recurrir a los viejos moldes extraídos de los evangelios: sobriedad, templanza y castidad.

*Francisco Castro*